

DIONISIA GARCÍA, POETISA

JORGE CELA TRULOCK

Sobrevolando sus textos, acercándose con cuidado a los versos, los poemas de la autora de *El engaño de los días*¹ se entregan poco a poco al lector, y por tanto el lector debe aproximarse con cuidado, quedamente, a las palabras del libro que está en nuestras manos, de agradable y fina factura. Dejemos estas líneas prólogo y metáforas entre los versos, aquí y allá, sí, con cuidado, pero no por ello sin atrevimiento.

Ya estamos en el campo, al amanecer («Amanecida en el puesto», se llaman los versos de la página 95), y amigos de la caza, enemigos de la caza, la lectura nos hace olvidar las disputas más o menos reinventadas, y vemos, que es a lo que vamos, como «... Poco a poco la luz, porque abre el día, / y las aves saldrán de su escondite». No sobra una sola palabra, no hacen falta más palabras, la economía se ha instalado. Poco a poco la luz se hace, pero no necesita precisarlo, decirlo, es un hecho, porque abre el día, y las aves... Ya está la belleza abierta al lector.

El cazador en su lugar, el campo, las aves mientras no aparecen por allá andarán, ¿cabe más belleza, sinceramente?

Una incauta perdiz ligera mueve
su cuerpo azafranado, gris y negro.
Y hacia un lavajo próximo camina,
a beber se detiene.

Tres colores en uno, tres sustantivos, sin necesidad de mezclar en la paleta más colores. Y la música vuela entre las palabras que un momento antes anduvieron revueltas, mezcladas entre el diccionario y la cabeza de Dionisia García.

¹ Dionisia García, *El engaño de los días*, Barcelona, Tusquets Editores, 2006.

Todo llega,

El acecho termina,
tras un tiro final que revolea.

La pólvora huele, y entre las plumas revolea el cuerpo abatido. El cuerpo salta, cambia su ir, y casi oímos el violentísimo golpe contra la tierra.

Y en la página 91 y siguientes, estamos con los «Recordatorios» alrededor de una mujer anciana, única, absolutamente singular, insustituible. Las palabras en Dionisia García no sobran, ya lo dice, están las justas.

Si el pan entre las manos, ella decía pan,
y después lo dejaba en mis manos pequeñas.

Solo, con solo dos sustantivos, dos veces pan y dos veces manos. Un poco antes nos cuenta:

Era su nombre abuela, y me bastaba.

La abuela fue una «mujer de negro con rostro de alegría». Luchó por la vida y «... Nunca pudo soñar / que yo viajara un día a Capadocia, / o, emocionada, viera una virgen de Giotto».

Lejanas en cultura, abuela y nieta, cercanas en amores, en relatos sobre la luna, el cielo estrellado, las guerras, todo el sabor y el saber de la vida digerida y aceptada que pasaba de la anciana a la nieta, «las dos junto a la lumbre oyendo el crepitar / de las cepas reseca...».

Se fue la abuela en su momento, cuando «... En el patio encalado / anunciaba su flor el jazminero».

Los hallazgos del lector aparecen tras los hallazgos de la poetisa. Cuando llega la puesta de sol «... y contemplar, en calma, / las luces que ya merman / el rojizo color del horizonte». No hace falta más belleza. Y el mar que «noche y día se mueve, casi a tientas».

Las muchachas aguadoras («Apuntes de ayer») que madrugan para acarrear el agua en las cántaras, que apoyan en sus redondas caderas: «Callan las aguadoras al encenderse el día. / Ladeadas y lentas ya no ríen». El peso del cántaro ladea los cuerpos y los cuerpos cansados ya no pueden reír.

La vida recogida y estrujada por las manos de la poetisa se posa sobre las palabras que nos ayudan a su conocimiento.

El libro tiene tres apartados: «Frente al invierno», «La cierta referencia» y «A pesar de las ruinas». Muchos de los poemas, algo más de setenta, están dedicados a amigos cercanos que han inspirado de alguna forma a la poetisa a la hora de aparecer en el pensamiento, a la hora de su nacimiento sobre el papel. Hay uno, «Al menos las palabras», en el que quiero hacer hincapié, porque seguro que a Dionisia le habrá de gustar. Dice en el índice de dedicatorias tras el nombre del poema, para mi madre, I.P.T. In memoriam. Leo, «Con sus flores primeras el patio recogía», y algo más allá, «... las marcas de la vida como dardos impuros...», y más allá, «... Sólo llanto en sus ojos empañados y solos». In memoriam, añado yo.

El «Epílogo», así da entrada Dionisia García al último poema «Presencia», empieza:

No dejo las sandalias,
simplemente me aparto del camino
para ver quien transita.

Versos serenos, quizá tristes, nunca para dejar las palabras y sus encuentros bellos en el discurrir de la poetisa.